

SEÑALES

La guerra de mañana

□ «Voila» ha publicado hace pocas semanas, en tres números sucesivos, un reportaje-invencción de Jean Prevost, que lleva el título antecedente. Todo está narrado con una naturalidad periodística, informativa, que no excluye interés extraordinario. Cuenta Prevost la guerra futura como si informara de ella después de vista. El trabajo está escrito en pretérito, con una sencillez tan exacta (cabe decir), que es una vívida información anticipada.

Esta vez, la movilización y la guerra fueron anunciadas al mismo tiempo. De una parte, Alemania y Hungría; de otra, Francia y los países eslavos—comienza Jean Prevost. El plan de las tropas francesas, era guardar la línea del Rin, ocupando el Sarre y la Prusia Renana hasta Coblenza. Esperando que las tropas alemanas no estaban bien organizadas y que tenían que hacer frente a tres costados a la vez, se pensaba avanzar a prisa. Media hora después de la declaración, partían aviones franceses a bombardear los puentes del Rin. Fueron destruídos. Pero una hora más tarde se tuvo noticia en el Ministerio del Aire, de que se proyectaba un ataque aéreo alemán sobre París. Se desguarnecieron—dada la neutralidad de Italia e Inglaterra—los frentes de aviación del sur y el oeste, y todo se llevó a París, incluso las tropas que habían avanzado hacia Alemania; la defensa total era necesaria. En efecto, a las dos horas, ochocientos avio-

nes alemanes volaban sobre París. Se había dado la consigna de no combatir sobre la ciudad, a los aviadores franceses, para evitar caídas de bombas, torpedos y aeroplanos incendiados. El raid se verificó, perdiendo los alemanes setenta y dos aviones y los franceses cuarenta. Pero...

(Todo está descrito con una rapidez que consueña con la posible realidad de los hechos. Por minutos avanza la guerra, por horas se destruye lo que antes, en la gran guerra pasada, se destruía por semanas o por meses. Fluye una hecatombe a toda velocidad, vertiginosa hasta la desesperación) Pero, de resultas de este raid, el Louvre estaba totalmente destruído, con todos sus tesoros. Y eso era lo de menos: Diez mil muertos en la población de París. Los torpedos lanzados tenían un dispositivo que retardaba la explosión. Llegaban al fondo de las bodegas y los sótanos y allí explotaban. Las bombas incendiarias lo mismo. Setecientas casas fueron destrozadas, con una pérdida de cerca de tres mil millones. En respuesta, la aviación francesa hizo un avance hasta el Ruhr. Los puentes que el día antes se destruyeran denunciaban la imposibilidad del avance alemán. Pero estos habían inventado unos rieles, como medios-tubos paralelos, que ponían un poco más abajo del nivel de las aguas del río, enturbiando éstas por un procedimiento químico. Los camiones avanzaban por ellos y desde lo alto la visión se antojaba la de un circular por carreteras. Las tropas francesas avanzaron. Para proteger este avance se fabricó una capa de humo que cubría todo el frente e impedía el bombardeo aéreo, o al menos confundía y evitaba la distinción entre los ejércitos enemigos y sus situaciones.

A la aviación francesa se unió la de sus aliados. Los checos enviaron considerables refuerzos. Se obtuvo una tregua de ocho días, para reponerse y al cabo de ellos, los alemanes iniciaron un ataque por tierra. Francia necesitó pedir aviones a otros países y éstos, recordando las deudas aun vivas de la guerra anterior, se negaron. El oro del banco de Francia, contante y sonante, salió por esos mundos. Se vendió la Indochina a los japoneses,

en cambio de una participación aérea en la guerra; las hostilidades continuaron.

La guerra química produjo en pocos días, más de cinco millones de muertos. Considerando las posibilidades de ésta, y narrando siempre como de hechos acaecidos, Prevost somete a la consideración de las gentes, sobre todo de los organizadores de la defensa, consejos y avisos sumamente interesantes. El ataque con gases asfixiantes requiere una defensa, por lo visto, contraria a la que actualmente se trata de organizar en los simulacros ciudadanos. Se aconseja ahora la construcción de sótanos, cuando, según lo más probable, la salvación estaría en subir a lo más alto posible. Si la población, al notar un bombardeo, se refugia en los subterráneos, corre más peligro, pues el gas tiende a bajar por corrientes hacia los resquicios que encuentre a su paso, es decir, a la altura del suelo.

Acerca del manejo de la infantería, de la caballería, y de los cañones, se sacan otras consecuencias muy curiosas de este largo e interesante relato. Todo anda, como dijimos, con una rapidez inusitada. Todo tiene un realismo estupendo, aumentado por reconstrucciones fotográficas muy bien hechas. La hecatombe adquiere, al leer esta publicación, caracteres tan reales, que al finalizar la lectura, un sacudimiento inevitable nos estremece. El valor, la valentía—que no son sino maneras de dominar el miedo y no fantocherías de negar el terror inevitable—tendrían poco que hacer en esta catástrofe sorda, tibia, terrible, tan posible si no se ponen medios heroicos—aquí sí—para evitarla.

Alfonso Allais

□ En Honfleur, su ciudad natal, se ha erigido un busto a este gran tipo, gran vividor, escritor ingeniosísimo y, sobre todo, animador divertido de la vida, que fué el personaje quizá más célebre del París fin de siglo.

Alphonse Allais era el amigo, jovial siempre, de tantos